Sesión científica del día 20 de octubre de 1930.

PRESIDENCIA DR. PI SUÑER

REYES Y LOCOS

Carlos II "El Hechizado"

POR EL DR. W. COROLEU

No es la primera vez que en la Real Academia me ocupo de clínica egregia hispánica y ya en 1916 hube de leer un ensayo acerca del Infante D. Carlos, el heredero de Felipe II, de triste memoria. Hoy presento un boceto médico del último monarca de la dinastía austríaca, siguiendo aquella galería de retratos, que la borbónica debía continuar en Felipe V y Fernando VI. Reservando los últimos para otra sesión, he de tratar en ésta del pobre hechizado, en quien se simbolizan todos los vicios y pecados de su tiempo. Lejos de nuestro ánimo la crítica que, no sea puramente científica y así, solo atenderemos a documentos fehacientes. A este propósito, citaremos ante todo, la monumental historia de *Carlos II y su Corte* de D. Gabriel Maura y Gamazo por desgracia interrumpida. No olvidemos, además, que este período, como dijo Menéndez Pelayo, es de lo menos conocidos de nuestra patria. Ello significa, de paso, que es uno de aquellos sobre que más se ha fantaseado, y nadie ignora las bellas páginas del *Ruy Blas* de Victor Hugo. Nuestro propósito no es sino rebuscar los datos y elementos de juicio que permitan reconstituir la fisonomía clínica del postrer descendiente de aquel soberano, en cuyos dominios jamás se ponía el sol y que debía ver la vergüenza de los Tratados de Partición.

¿Quién no ha sentido la nostalgia y tristeza del pasado ante las gloriosas pinturas de Velázquez del Museo de Madrid? ¿Quién no ha comprendido el derrumbamiento del poderío de los Austrias y, con éstos, el de España, al ver los retratos de sus últimos soberanos? Ante la mirada vacía, las facies sin expresión, el labio belfo, la mandíbula superior caída de Felipe IV y que hacen de él un tipo tan degenerado como sus bufones y enanos que le rodean ¿quién no adivina la extinción próxima de una estirpe y de un Imperio? Ni Cabanis ni Galippe necesitan aducir y razonar datos para convencernos de que aquella dinastía estaba condenada a morir. La fisiología, de acuerdo con la historia — pues no hay en el fondo más que una ciencia — enseña que, al acabar el genio imperial de Carlos V y Felipe II y dejar en manos de sus enfermizos y entecos descendientes aquella gloriosa monarquía do no se ponía el sol, únicamente cabía esperar la dominación extranjera y, lo que es peor, una guerra desastrosa para consolidarla.

El benemérito historiador Maura y Gamazo nos ha dejado en una obra desgraciadamente incompleta, un retrato nada halagüeño de Felipe IV. Este en sus guerras insensatas y rompiendo lanzas como Don Quijote con todos los molinos de viento de Europa, había perdido reinos y provincias enteras. Todo el mundo recuerda el agudo dicho de Quevedo, comentando el título de *Grande* que la adulación cortesana diera al monarca o sea, que era como los hoyos, que cuanto más tierra les quitan más grandes son. Aquella política desdichada que la posteridad ha encarnado en el nombre del Conde Duque de Olivares, popular en su día aunque hoy otra cosa parezca; aquella política, decimos, se bamboleaba ya en las postrimerías del reinado del cuarto Felipe. Es más aún, el pavoroso problema dinástico empezaba ya, cual nube de tempestad, a cernirse sobre el país con la menguada descendencia del soberano "De su primer enlace" dice Maura y Gamazo "no quedaba otro fruto que María Teresa unida al Rey Cristianísimo previa renuncia de sus eventuales derechos a la Corona de España. La Infanta Margarita, primogénita del segundo matrimonio, destinábase, siguiendo las tradiciones de la casa de Habsburgo, el flamante Emperador Leopoldo I, aunque la tierna edad de la interesada impedía la inmediata celebración de bodas. Otros dos Infantes, María Ambrosia y Fernando Tomás, no llegaron a cumplir el mes la una y el año el otro. Pendía, pues, la sucesión masculina del único varón entonces vivo, del Príncipe Felipe

Próspero, aquejado casi desde su nacimiento por enfermedades, cuyo número y naturaleza auguraban muy corta su vida. Había padecido el príncipe (a los cuatro meses de edad) de un gran catarro con calenturas y más tarde, según las cartas del Rey a Sor María de Agreda "de un hinchazón de debajo de una oreja acompañada de fiebre" que no bajó sino una vez abierta aquella con botón de fuego. Nuevos trastornos cuando la dentición y frecuentes adenitis febriles acompañaron la infeliz existencia del Infante, que la terminó aún no cumplidos sus cuatro años. A la sazón la Reina Mariana de Austria estaba, en cinta y el pueblo, esperando la sucesión masculina, se entregaba a expresiones de más sinceridad que gusto, jugando el vocablo sobre *las deseadas y felices faltas de la Augustísima Señora*. Esta había padecido graves accidentes puerperales en cada alumbramiento y que pusieron en peligro su vida. La del Rey tocaba a su término, víctima de litiasis urinaria y más aún de sus médicos "Son excelentes teóricos", decía el embajador alemán Poetimo "pero flaquean en la práctica y todo lo fian en estos males a la pureza y suavidad de la atmósfera".

Sea como quiera, se acogió con júbilo la noticia y más aún su natural desenlace el 6 de Noviembre de 1661 que debía darnos el deseado monarca, que la prosperidad conoce con el nombre de Carlos II el *Hechizado*. Su nacimiento se atribuyó, según devotos historiadores de la Virgen de la Almudena, a milagro "porque no peligró la madre acabando de recibir tan peligroso golpe". Otro documento de época dice galanamente "que aquel día vió la luz de este mundo un príncipe hermosísimo de facciones, cabeza grande, pelo negro y algo abultado de carnes".

El Rey, afecto ya de hemiplejía derecha, asistió a la función de capilla de Palacio con todo su séquito. El pueblo de Madrid dió rienda suelta a su alborozo y durante días enteros no hubo sino luminarias, disfraces y mojigangas, en que no se olvidaba a los médicos que no supieron curar al Infante Felipe Próspero, diciéndoles:

Si de la Cámara son
los médicos con primor,
¿de adónde será el peor?

Los agoreros y astrólogos de aquellos felices tiempos descubrían que al venir Carlos al mundo, como nacido en signo de Acuario y bajo el favorable planeta de Mercurio, tenía que llegar a Rey y gobernar muchos años. Por colmo de bienandanzas, había nacido también en luna llena y el día 6 en que todas las Iglesias de España celebraban el Patrocinio de Nuestra Señora. A todo esto agitábase ya la política y el Rey Luis XIV enviaba a España a su embajador extraordinario De Livry, encargándole secretamente averiguara si el Príncipe era o no una hembra bautizada como varón por razones de Estado. Lo cierto es que nadie había visto aún al agosto niño y, con ello, se excitaba la maledicencia y la calumnia. Pero cuando lo contemplaron los franceses en brazos de su menina D.^a María Teresa Fajardo, calificáronle de lindo y robusto. Lo malo era que confidencialmente avisaron al Rey Sol que aquel "parecía muy débil y tenía herpes en las mejillas y la cabeza cubiertas de costras, que hacía quince días le supuraba el oído derecho, donde había una abertura que purgaba un poco y disimulaban con el bonete ladeado". Más optimistas en Madrid, las nuevas de Palacio afirmaban que el Príncipe criábase lindo y sano. Asimismo lo repetía Felipe IV en sus célebres cartas a Sor María de Agreda, las que tanto y tan sabrosamente comentara Silvela. El Embajador francés escribía a su dueño que los "médicos no deducen del fenómeno (de la supuración) pronóstico alguno, pues, pertenece al número de aquellos males que se reputan bienes porque remedian un mal mayor. No juzgan indispensable — añaden — un cambio de nodriza, por no atribuir la dolencia a la calidad de la leche sino a causas anteriores observadas en los últimos hijos del Rey, sujetos todos a enfermedades análogas muy peligrosas".

Ello es lo cierto, que tales causas arrancaban de muy lejos, y sin llegar a los días de Juana la Loca y del Infante D. Carlos, en mala hora poetizado por el genio de Schiller, las hallaremos ya en sus inmediatos antecesores, Felipe III y Felipe IV. Para hablar solo del último, mencionaremos que de su primer matrimonio con Isabel de Borbón tuvo ocho hijos, de los que solo llegó a la edad núbil la citada Infanta María Teresa, que se desposó con Luis XIV. Los demás vivían horas, días, meses o pocos años. Y aun de la posteridad del Rey francés con nuestra Infanta, no sobrevivió más que el Delfín, a quien los contemporáneos pintan cretino, indolente e ignorante, sin virtudes ni vicios. Que la consanguinidad representaba su papel en esta lamentable herencia parecía abonarla la sanidad y lozanía de los seis hijos ilegítimos de Felipe IV. Por esto el

agudo diarista Barrionuevo de Peralta decía que en los bastardos tenía el Rey muy buena mano y en los legítimos una dicha muy corta. En cuanto al segundo matrimonio de Felipe IV, fué más desdichado aún si cabe. La Infanta Margarita, la primogénita, falleció a los veintidós años, tras seis de matrimonio, embarazada de cuatro meses y habiendo perdido ya cinco de sus seis hijos.

El Sr. Maura y Gamazo opone la miseria fisiológica de los Austrias españoles la robustez de la rama alemana y cita en su abono al longevo y venerable Francisco José muerto en plena guerra mundial. Sin embargo olvida que su tío, el que fué Emperador Fernando, hubo de abdicar por su notoria incapacidad y que su antecesor, Francisco II, no fué toda su vida más que un juguete en manos de su Ministro Metternich, quien preconizaba abiertamente su llamado sistema de gabinetes que tenía en tutela la corona. Creemos que en esta parte el distinguido estadista y notable historiador se ha dejado llevar de lo que resumía Tácito en la frase: *major e longinquo reverentia*.

Después de una accidentada lactancia — pues cambió catorce amas en cuatro años — pasó el Príncipe su primera enfermedad. Corría el mes de Mayo de 1663 y fué aquella calificada de fiebre terciana, la cual se hizo doble y duró hasta Julio. Un año después no se habían cerrado aún las fontanelas y persistía la adenitis complicada de accidentes de dentición. No podía sostenerse en pie y había que cubrirle con pieles las piernas. Maura y Gamazo, repitiendo aunque como leyenda las palabras de las célebres memorias de Mme. d'Aulnoy (hoy unánimemente tenidas por apócrifas), afirma que el príncipe hasta los diez años no puso pie en el suelo. Sea como quiera, en 1665 volvió de nuevo el acceso febril y aunque el ilustre enfermo sanó, fué por milagro como decían todos.

“La primera infancia del heredero de tantos blasones” dice Maura y Gamazo “transcurrió monótona en las suntuosas cuadras y espléndidos jardines de los sitios reales, severamente reglamentada por los médicos y bajo la asfixiante vigilancia de ayaas, damas, señoras de honor y azafatas, sin hermanos que Dios no le deparara, ni amigos que la etiqueta no le consintiera... sin otra compañía que la de sus meninas, la de algún ama recién llegada a la Corte estupefacta aun de su fortuna y siempre con la ansiedad de perderla, la de algún grotesco bufón o perro de lujo. Sentado el Príncipe en almohadón de rica estofa, la cabeza grande apoyada sobre el augosto pecho, abierta la boca, caído el bello labio, sus ojos tristes acecharían curiosos la vida, con la precocidad de los niños enfermizos a través de las conversaciones frívolas para él apenas inteligibles de las mujeres que le rodean, distraído con preciosos juguetes regalo de Luis XVI, jardines de oro esmaltados con diamantes y rubíes, mientras las Cancillerías auropeas aguardaban ya su muerte para repartirse en girones sus futuros dominios”. Estas elocuentes palabras describen mejor que nada la tragedia del Rey niño condenado de antemano a corta vida, legando a su patria el más aciago de los destinos el de servir, como su rico jardín de pedrería, de juguete a la ambición extranjera.

“Ni los Reyes ni los súbditos españoles” continúa el referido autor “eran extraños a la general preocupación por la vacilante salud del futuro Carlos III”. Y después de referir las accidentadas capitulaciones matrimoniales de su augusta hermana, la Infanta Margarita, que no se daba prisa alguna en ver a su novio Leopoldo I de Austria, añade “que la Infanta Emperatriz no emprendió el viaje que incesantemente reclamaba aquel por su Embajador, y mientras los Ministros iban difiriendo con razones y pretextos, advertía el Arzobispo de Embrun, entre las personas de calidad, deseo de que no se realizase tan pronto, porque si Carlos llegase a faltar, toda España preferiría el matrimonio de Margarita con Príncipe que pudiera vivir en el Reino. También la musa Popular comentó el tema y una sátira de la época decía:

El Príncipe al parecer
 Por lo endeble y patiblando
 Es hijo de contrabando
 Pues no se puede tener.
 La Infanta no llega a ver
 A su recíproco amor
 Y aunque está el Emperador
 Quejoso y tieso que tieso
 ¿Qué se le da al Rey de eso?

No hemos de hacer aquí historia política ni comentar estas extrañas dilaciones y tergiversaciones, pero al menos lince se le ocurre que giraban todas alrededor de la menguada salud del Príncipe, por cuya temprana herencia suspiraban propios y extraños. Sea como quiera, no tardó el tiempo en precipitar la catástrofe con un acontecimiento, no por esperado, menos sensacional: la muerte de Felipe IV. Ya lo había previsto el siervo de Dios, como se llamaba a sí mismo, el trapisonda italiano Monteroni en diecinueve profecías, ni una más ni una menos. Este curioso personaje que tuvo tan singular visión de descubrir el fallecimiento de un achacoso anciano, pertenecía a la orden de la reforma de S. Nicolás y mereció como vidente el aprecio de Sor María de Agreda, que lo recomendó al propio Rey. Este le escuchó como a tantos otros que le proponían panaceas contra los males del Estado y acabó en una carta a la religiosa que aquel fraile, como otros, era amigo de revolver y poco seguro en la verdad.

El Rey había fallecido, no obstante remedios tan heroicos como la quema de un libro antiguo de hechizos y la toma de una conserva de flor de malvas con azúcar. A tan inofensiva preparación se atribuyó el funesto desenlace de los males del monarca, complicados con hematuria y hemorragia intestinal. Supúsose que con aquella pócima se le enfrió el estómago y "descompuso de manera que le dió un desconcierto". Lo cierto es que, yaciendo el Rey en cama y preguntándole el Marqués de Aytona cómo se hallaba, la respondió "Esto va caminando muy apriesa". Sin embargo, había mejorado después del ataque y los médicos le recetaron gigote de perdiz y compota, pero sucedieron los colapsos y debilitándose progresivamente, expiró en la madrugada del 7 de Septiembre de 1665. Solo el Marqués de Aytoma y dos o tres criados le lloraron, según un documento de época y bien dijo Quevedo que en mudar de señor, regocija el Reino sin saber del que sucede más de que es otro.

Proclamado ya en este caso el sucesor, no dió otras muestras que las de una turbulenta niñez. El día del besamanos y como uno de los Grandes le asegurara su amistad, respondióle duramente "Los Reyes tienen a sus vasallos no por amigos sino por servidores". Que un niño de cuatro años hiciera esta respuesta que apenas sienta bien a un monarca maduro es cosa difícil de creer. Mayor crédito merece lo que cuenta Mascareñas de como, encendiéndosele la cabeza al saludarle el Embajador francés, le dijo "Descúbrete". Y como el otro obedeciera él se quitó a su vez el bonete y lo arrojó. También pidió la espada cuando vió al enviado del Príncipe de Condé en capuz y chía de luto, prohibiendo se acercase aquel francés tan raramente vestido y no a la usanza española.

La salud del Rey pareció robustecerse después de la lactancia, pero su distrofia era perceptible, aún a ojos de profanos. El embajador francés D'Embrun en carta a Luis XIV le decía "Hallamos espacio de examinar atentamente al Rey de España, mientras el Sr. de Bellefonds transmitía en francés los cumplimientos de V. M... y yo los traducía al castellano. El Rey de España tenía en pie apoyado en las rodillas de su menina D.^a Micaela de Tejada, que le sostenía por los cordones del traje. Cubría su cabeza con un bonetillo a la inglesa que no tuvo ánimo bastante para levantar como lo hiciera en otro caso, al aproximarme yo con el Marqués de Bellefonds. No llegamos a escuchar de él otra palabra que la de *cubrios* a mí dirigida. Parece sumamente débil, pálido el rostro y la boca muy abierta, síntoma, según la opinión unánime de los médicos, de alguna perturbación gástrica y aun cuando dicen que anda por su pie y que los cordones por los cuales le sujetan solo sirven para evitar un mal paso, póngolo en duda porque le vi tomar la mano de su aya, para apoyarse en ella cuando se retiraba. Sea como fuere, no le pronostican los médicos larga vida y esto parece ser aquí fundamento y norma para todas las deliberaciones".

Por fortuna para el agregio niño, erró el Embajador en sus profecías, a las que daría mayor fuerza de convicción el caritativo deseo de acertarlas. Porque es lo cierto que desde su orfandad mejoró el Rey no teniendo más accidente en su salud que una herida leve en la cabeza al caerse de la cama. Y aún este trivial incidente era objeto de sañudos comentarios y el Emperador al saberlo decía *et videtur sapere magis malitiam quam diligentiam*. Lo cierto es que los embajadores extranjeros todos tenían la vista fija en el infante monarca y alguno más optimista como el de Venecia notaba los progresos de su lozanía con el tiempo. "Corre en su año sexto" decía aquel al Senado "con prosperidad y salud, se refuerza en el vigor del cuerpo cada día, avanzando con propicia asistencia del cielo en la viveza del espíritu; se observan maravillosos adelantos de talento sublime y se forman presagios de altísima capacidad". Y el cortesano retratista, agotando ya los más brillantes colores de su paleta, añade "Su índole es angélica, su apariencia majestuosa, su trato maduro en ocasiones brillante y ardiente por su natural; se camina a su educación con

reserva delicada y celosa como se hace con una planta destinada a producir preciosos frutos". En realidad tantos y tan hiperbólicos dones del cuerpo y el alma se reducían a poder tenerse en pie y quitarse solo el sombrero en audiencias y ceremonias. Por cierto que esta grata mejoría acarreo una seria cuestión de etiqueta llevada hasta el Consejo de Estado entre la camarera mayor, Marquesa de Villanueva de Valduera y el aya del Rey, para que ésta última no le precediese en los actos de Corte "por andar solo S. M. y no necesitar de apoyo".

Sea como fuera, el régimen alimenticio era abundante y substancioso a pesar de los apuros de Palacio, que a veces no hallaba en Madrid proveedor de le fiase. La colación tradicional en Nochebuena de 1667 y enfermo aún el Rey de viruelas, era de torta alcorchada, perada, guindas en almibar, membrillo, peladillas, peras, bergamotas, setas, mazapán, durazno, diacitrón, conservas, turrón de Alicante, aceitunas, nueces mondadas, asperiegos e higos. Según las relaciones de Núñez de Castro el plato ordinario de S. M. era de doce platos para comer y ocho para cenar. Bastaba este régimen para acabar con la salud de cualquiera a haberlo seguido con mediana puntualidad. Sin embargo, como no se hace mención en parte alguna de que abusara de aquel, nuestro monarca, es creer que se reduciría todo a un *menú* para escoger. Y es posible también que no faltara en la corte algún D. Pedro Recio de Tirteafuera para corregir con su ciencia dietética las superfluidades de aquella cocina de la que hubiera podido decir también Torres Villarroel "población de pechugas, provincia de tajadas, despensa de lomos, húmero de chorizos, empedrados de zoquetes y balsa de repleciones".

La afectividad del joven Rey estaba en armonía con sus estigmas intelectuales. Cuando su hermano bastardo D. Juan fué llamado en audiencia hubo de ocurrir una violenta escena. Así, al pedirle la mano al monarca para besarla, éste la retiró bruscamente y volviéndole la espalda puso fin a la entrevista. Un menino de los presentes, hijo del Marqués de Aytona, preguntóle inocentemente "¿Por qué V. M. no echó los brazos a su hermano?" Encolerizóse el Rey de tal modo entonces que, desenvainando la espada, arremetió contra el impertinente y hubiéralo éste pasado mal a no protegerlo las damas con sus enormes guardainfantes. Fueron ellas a su vez las que recibieron los improperios del enfurecido rapazuelo.

De la educación de D. Carlos permiten juzgar las siguientes anécdotas tomadas de un diario de la época. Enseñó D. Juan de Austria al Rey una carta del Duque de Saboya y el Rey le dijo "Que linda letra". "Pues menor es de edad que V. M. el Duque; es menester que le responda V. M. de su letra". "Yo no sé" respondió tranquilamente el Rey. Los meninos decían por él la doctrina cristiana, que no se le preguntaba jamás. Era también muy voluntarioso, por lo que no se dejaba peinar y la cabeza la tenía ensetada y con cría. "Lástima es señor" díjole un día D. Juan de Austria "que ese hermoso pelo no se cuide mucho de él". Oyóle el Rey y dijo a su gentilhombre de servicio "Hasta los piojos no están seguros de D. Juan". Y esta chocarrera salida de tono fué celebrada como la más graciosa agudeza dentro y fuera de la Corte. Por desgracia estos ejemplos no se los llevaron los Austrias al sepulcro, y así cuenta Villaurrutia que, como avisaran a Carlos III los ayos del futuro Carlos IV que éste no quería estudiar, respondió: "Ah ¿sí?... Pues... que no estudie".

"A viva voz enseñado" dice G. Maura "y de memoria aprendido, supo Carlos algo de la Doctrina, pero cumplidos ya nueve años ignoró todavía las letras y la escritura. Este atraso en la enseñanza del Rey escandalizó al ser conocido y dió tanto más pábulo a murmuraciones contra su madre y su maestro cuanto que en audiencias, pláticas y juegos tuvo tal cual vez el infantil Monarca, rasgos de hombre maduro, con esa precocidad de los degenerados que parece muestra feliz de abundante esquilma y no es sino fruta temprana que se seca en agraz". Por su parte el embajador veneciano Contarini escribía al Senado de su país, "Su educación podía ser mejor, pero viene menguada por la debilidad de la naturaleza a la cual parece perdonarse a menos que bajo de ella no persigan otros fines y motivos". En 1670 el embajador austríaco Poeting en carta a Leopoldo I descubre ya otro rey, pero malo "Sigue en todo su propia voluntad" dice "No respeta nada a su madre y cuando el tiempo le haga incorregible, se imputará la culpa a la Reina y será ella la primera víctima". Un año después agregaba "El Rey dice públicamente que no quiere que le gobiernen mujeres". En cuanto a su carácter tenía como primordial vicio el de la ira. La emprendía a palos con sus meninos o les daba cintarazos con las correas. Cazó y mató dos conejos el primer día y era buen ginete y danzaba bien. Lo malo era que todo le enfermaba y el viento le daba conjuntivitis y el paseo en carroza náuseas y vómitos y el desusado esfuerzo calentura. Los

toros le gustaban tanto que le brindaban con ellos para decidirle a dar clase. También gustaba de ver una jaula con pájaros mecánicos o fieras vivas como el león y el tigre que exhibía un mallorquín en la Casa de Campo.

En 1670 corrió la voz de que debía morir y tan graves personajes como el agente diplomático francés Gourville se hacía eco de ella. "No se sabe hasta que punto semejante tontería hacía impresión en Madrid" Bonay embajador francés decía "Si el Rey muriese como quieren todos estos astrólogos en el mes de mayo próximo, lo que no puede juzgarse por su salud que parece buena". Y el Emperador en carta a Poeting le confiaba "Traía yo en la cabeza el mes de Mayo para el cual los astrólogos de D. Juan predijeron al Rey *casum funestum* y quedé perplejo hasta que me consoló la noticia de estar otra vez bueno y no haber padecido sino una terciana sencilla".

Esta educación o mejor falta de ella, preocupaba, andando el tiempo, a propios y extraños "Indecoroso pareció" dice Maura "mantener el monarca español cuya boda preocupaba ya a las Cancillerías, rodeado de servidumbre exclusivamente femenina... como a raíz del destete.. y solo un ayo inteligente podría en el escaso tiempo que aún quedaba, enmendar omisiones y yerros". Por desgracia este ayo en la vida real no era un fénix, sino el mismo D. Francisco Ramos del Manzano, tipo raro en aquella Corte en que tanto abundaron. Así, en vez de enseñarle cosa que valiera, se entretenía, para darse importancia, en componer un librote farragoso titulado *Reinados de menor edad*. El autor, émulo de D. Pedaneio, entreteníase en registrar y loar los reinados de niños y sin pensarlo, escribía la sátira más desapiada de todos juntos. No faltaron, sin embargo, para cubrir la plaza de ayo, no como trabajo sino como honor y dignidad, muchísimas intrigas. La Reina puso de acuerdo a todos los pretendientes no nombrando a ninguno.

En la detestable educación de Carlos II estaban todos conformes en aquella época en que no había dos españoles que opinasen lo mismo.

"Ninguno que tuvo semejante educación" dice un contemporáneo "consiguió mayor aprovechamiento, pues criado entre melindrosas delicadezas de mujeres y adoctrinado de un maestro que en las escuelas estudió solo cuestiones cavilosas ¿cómo podía en tal fragua forjarse aquella vigorosa fuerza de espíritu que pide para ser bien sostenido el peso de la dominación?" Y la musa callejera en términos más desenfadados repetía iguales concepciones al cantar:

Los toros y cañas
 Son muy lindo medio
 De embobar al niño
 Que es lo que queremos
 Y en siendo mayor
 Sabrá del gobierno
 Lo que le enseñaron
 Su padre y su abuelo
 Con que a nuestra España
 Siempre la tenemos
 En menor edad
 Con niños y viejos.

El destino de Carlos II hace buena la máxima de Vauvenargues que el que ha nacido para obedecer obedecerá hasta en las gradas del trono. Apenas emancipado de la tutela de su madre, cayó bajo la de su esposa María Luisa de Orleans. Era esta Princesa una de las más curiosas figuras que desfilaron por la sombría morada de los Austrias. Piadosa, bella y prudente la pinta el P. Florez, pero el Rey se enamoró de ella por el retrato del que no se separó jamás. Desde entonces no pensaba más que en la boda, cuyos preparativos aceleró tanto que por poco se celebra en una pobre aldea y una misérrima casucha. Sea como fuere, la primera entrevista, en que ni él hablaba francés ni ella español, actuando el Marqués de Villars de intérprete, hubo de ser graciosa en extremo. María Luisa contaba a la sazón dieciocho años y gustaba de los placeres y alegrías en que era pródiga aún la corte de Luis XIV. En cambio, su augusto marido era como galán tímido y apocado señalándole además un documento de época como "de una tierna conciencia que le aparta de aquellos placeres a que le podía inclinar su edad favorecida del poder". Verdad que este dato, según el autor, tenía que tranquilizar a la Reina, pues así "ella sola poseería el imperio de sus afectos y el

cetru de su corazón". Sea como fuere, la impotencia del Rey y la hostilidad de la Corte hicieron de la pobre Duquesa una víctima de la etiqueta, las intrigas y el tedio. Reducida su existencia a aburridas estancias en el Retiro o Aranjuez, a visitas a conventos y a insípidas ceremonias, acabó por pasarla entre monos, perros y loros hasta acabarla tras breve enfermedad — infección granúlica — en plena juventud, que solo era anticipada vejez. Maura y Gamazo ve en esta unión un testimonio de la desatentada ambición de Don Juan de Austria, que solo quería contrarrestar la influencia de la Reina Madre y que no vivió bastante para ver su plan y quizás su ruina. No nos detendremos en semejantes especulaciones históricas que no son de nuestra competencia, pero solo podemos deplorar el hado fatal de la Duquesa, que no halló en su enlace ninguno de los goces de esposa, pero sí todas las tristezas de prisionera. El espectro de aquella monarquía parecía traer la enfermedad y la muerte para cuantos la hallaban al paso.

No quiero abusar más Sres. de vuestra bondad y sólo me resta pedir os perdón por este árido trabajo que forzosamente he de interrumpir. Tal vez en otra ocasión puede reanudarlo y continuar el relato del más ominoso período de nuestra historia, pero también el más interesante si se recogen sus lecciones médicas. "Hay en los acontecimientos humanos" ha dicho Fustel de Coulanges, "una parte que no es más que exterior y parente y ésta es de ordinario la que más impresiona a los contemporáneos". Y aplicándola a nuestro caso, bien podemos decir que en aquel atormentado fin del siglo XVII, ni Mariana de Austria, ni el segundo D. Juan, ni el jesuíta Nithard, ni el vaforito Valenzuela, representan nada junto a aquel pobre monarca, que no era sino un caso clínico y que si llega a nacer con otras dotes de cuerpo y espíritu, hubiera hecho muy otra la historia de España y la de Europa.